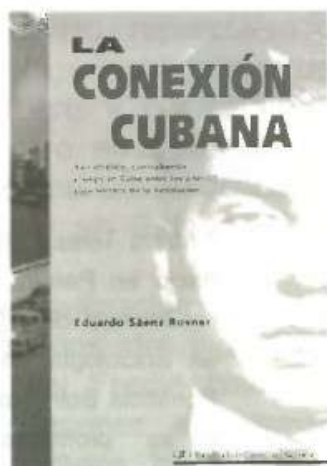




**Sáenz, Rovner Eduardo.** *La Conexión Cubana. Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años veinte y comienzos de la Revolución*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Colección CES, 2005, 276 págs.

El libro *La conexión cubana. Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años veinte y comienzos de la revolución*, es el más reciente trabajo de Eduardo Sáenz Rovner, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia. El libro, es el resultado de una amplia investigación que contribuye al estudio de algunas formas delincuenciales como: narcotráfico, contrabando y juego; su desarrollo, su asentamiento en determinados países -Cuba específicamente-, y las condiciones sociales, políticas y económicas que permiten este asentamiento. Se trata además de un interesante estudio económico acerca de la historia de la inmigración en Cuba; que permite rastrear el desarrollo de algunas de las redes organizadas de narcotráfico o contrabando establecidas por dichos inmigrantes. Producto de una exhaustiva revisión documental llevada a cabo en los Archivos cubanos y norteamericanos sin duda alguna esta última publicación del profesor Sáenz es una gran contribución académica.

Con pretensión polémica y sin dejar de lado las virtudes del texto, intentaré mencionar algunas críticas, haciendo énfasis en cada uno de los apartes que componen la obra de Eduardo Sáenz, la cual esta integrada por un prólogo, doce capítulos y un epílogo:

El autor decide dar comienzo a lo que al parecer será un prometedor relato, la captura en 1956 de dos traficantes colombianos (los hermanos Herrán Olózaga), que puede resultar en principio, como una buena "estrategia literaria" para capturar al lector, ya que el libro es publicado en Colombia. Sin embargo, el impacto que genera comenzar la lectura con el arresto de estos descendientes de la elite colombiana, -Rafael Herrán, el padre, fue cónsul de Colombia en Hamburgo, Tomás Cipriano de Mosquera el abuelo y Pedro Alcántara Herrán el bisabuelo, ocuparon el cargo de presidentes de Colombia en el siglo XIX-, no logra su cometido, puesto que con gran desilusión, el lector, a lo largo del libro de Eduardo Sáenz no encontrará ninguna otra referencia a los "hijos descarriados", más que al final del texto, en cuyo último párrafo menciona que 'no se volvió a tener registro de sus actividades'.

Dejando de esta manera sin convincente sustento la crítica que en el texto el autor hace al artículo de Mary Roldan *Colombia: cocaine and the miracle of modernity in Medellín*: Sáenz manifiesta que el tráfico de drogas en Colombia no es un fenómeno que nace en los años setenta. En tanto la tesis de Roldan, afirma que el narcotráfico hizo su aparición en el país en 1972. Es claro que las acciones de los hermanos colombianos permiten pensar lo contrario, sin embargo, argumentar esta crítica con la anécdota de los hermanos Herrán, como pudo ser la intención del autor, no resulta suficiente para una aseveración más global.



respecto el origen del tráfico de drogas en Colombia, teniendo en cuenta que el prometedor relato del autor es inconcluso.

El autor señala en el prólogo que: '...El comercio internacional de drogas ilegales va más allá de la *demand*a de los países consumidores; además, un país o una región no se vuelve sede de redes narcotraficantes por simple proximidad geográfica a los mercados. Hay que analizar las condiciones internas, económicas, políticas, sociales y hasta judiciales, de los países y regiones, productores y exportadores'. Tesis que Sáenz desarrolla a lo largo de todo el libro, ya que un buen número de páginas son dedicadas a la situación política, económica y judicial de Cuba. Sin embargo, dicha tesis queda desvirtuada en el capítulo 9 titulado *Contacto en Francia*, cuando el autor en la página 178 menciona que: 'la posición geográfica de Camagüey, su riqueza económica, su cercanía a dos puertos muy importantes, y sus comunicaciones aéreas -irónicamente ayudadas a desarrollar por el gobierno norteamericano- contribuyeron para que dicha ciudad fuese un centro importante de distribución de drogas en la isla, posición aprovechada por los narcotraficantes de origen francés'. Inevitablemente, se alcanza a extrañar que el autor exponga brevemente las condiciones internas, económicas, políticas, sociales y hasta judiciales que vivía Camagüey y que permitían que allí se establecieran redes organizadas de tráfico de drogas.

La prohibición de fabricación y distribución de bebidas alcohólicas impuesta por el Congreso norteamericano y el contrabando de licores desde Cuba entre los años 1920 y 1933 es el tema del capítulo 1. Dicha prohibición produjo, como lo afirma el autor, que la Habana se convirtiera en determinado momento

en el lugar de donde salía la mayor cantidad de contrabando hacia Estados Unidos, procurando que la relación entre los dos países se tornara cada vez más tensa. A pesar, de la preocupación norteamericana por obtener la ayuda de las autoridades cubanas en la lucha contra el contrabando, mediante el establecimiento de acuerdos que contemplaban la extradición de traficantes. Acuerdos que despertaban el recelo de la opinión pública cubana por encontrarlos lesivos para la soberanía nacional.

El autor cita varios documentos en los que se evidencia el apoyo que la prohibición tuvo -diríamos de una manera moral y material- en la Iglesia y en los sectores industriales de Cuba, ya que esta medida permitiría un mejor desempeño de los trabajadores en la producción, en beneficio de los industriales. Aunque es probable, que no solo estos dos sectores en algún momento fueran los únicos en estar a favor de la prohibición, Eduardo Sáenz no indaga al respecto, dejando por fuera los intereses que pudieran talvez tener, por ejemplo, los dirigentes sindicales quienes velarían por proteger los empleos, empleos que los obreros perderían si no ejercen un buen desempeño.

Esta situación de tensión entre los dos países se acrecentó en la medida en que para Estados Unidos el tema de la prohibición se torno en asunto político: 'vote, vote, queremos cerveza', cita el autor. Lo cual produjo, contrario a lo que afirma Sáenz; 'que la gente se "olvidara" de la medida de prohibición', que ésta generara no solo un mayor incremento en las ganancias adquiridas a través de los impuestos recaudados -a partir de la crisis de los años 30-, sino que además, con la llegada a la presidencia de Franklin D. Roosevelt, y su falta de apoyo a la prohibición, surgiera un nuevo



problema: la evasión de los mismos.

En el capítulo 2 Eduardo Sáenz se refiere al tema del narcotráfico y la anarquía cubana de los años 30. Menciona el hecho de que los laboratorios legales europeos donde se fabricaba morfina, heroína y cocaína comenzaron a distribuir estas drogas para abastecer el tráfico ilegal. Hacia 1931, dadas las fuertes restricciones frente a la producción y el comercio en Europa, se crearían laboratorios ilegales en otros países, como es el caso de Turquía.

Sáenz, destaca en este capítulo el tiempo de agitación política que se vivía en la isla dado el tránsito de régimen, del presidente Gerardo Machado al de Ramón Grau San Martín, quien con sus 'medidas nacionalistas y reformistas' hizo más profundas las tensiones entre Cuba y Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de la presentación de los acontecimientos políticos ocurridos en Cuba como una contribución útil para el contexto, es de extrañar que el tema del narcotráfico se vea relegado al relato de la anarquía política que, según el autor, vivía Cuba en esa época.

En el capítulo 3 Sáenz Rovner elabora una rigurosa descripción acerca de la vida de los inmigrantes chinos en Cuba y aporta algunas estadísticas sobre su establecimiento, no solo en Cuba sino también en Estados Unidos, México y Perú. 'La raza amarilla trajo [a Cuba] la embriaguez por el opio, sus vicios homosexuales y otras refinadas corrupciones de su secular civilización'. Cita que presenta el autor en la que se puede de alguna manera observar un poco lo que ocurría en la isla con los inmigrantes chinos. Sáenz en este capítulo aborda el tema de la llegada, desde finales del s. XIX, de estos inmigrantes orientales, lo cual en ocasiones resulta

ser un relato extensivo. Destaca en este capítulo la importancia que adquiere el consumo del opio, convirtiéndose para Cuba, con la presencia de los visitantes amarillos, en uno de los mayores problemas de tráfico de esta sustancia.

En el capítulo 4 se aborda el tema de la corrupción y el narcotráfico durante la SGM y los primeros años de la posguerra. Privilegiando el tratamiento del problema de la corrupción sobre el del narcotráfico. En ocasiones el autor deja de lado el tema central del libro, y se limita a exponer el fenómeno de corrupción del que eran acusados los dirigentes cubanos de la época.

El capítulo 5 se refiere a Lucky Luciano, Salvatore Lucania, un italiano que tras ser condenado en Estados Unidos en 1906 por el delito de trata de blancas, reanudó sus negocios en Cuba, rodeado del favor de sus amistades políticas cubanas. Su estadía en la isla contribuyó al aumento de las tensiones entre los dos países, lo que trajo como consecuencia, la restricción de las exportaciones de narcóticos con fines médicos a Cuba, para evitar que Luciano se apoderara de ellos. Sáenz afirma que fue precisamente debido a estas medidas que Lucky se vio obligado a salir de Cuba.

El capítulo 6 se ocupa del gobierno de Pío Socarrás (1948- 1952), e incluye el golpe de Estado dado por Batista y la vinculación de su gobierno con el narcotráfico. Aunque la relación es expuesta por el autor a través de algunos relatos y denuncias encontradas en los documentos, que dan muestra de la corrupción del gobierno, el tema del narcotráfico no es abordado a fondo en el capítulo. El capítulo 7 plantea el fenómeno del juego, siendo éste el único capítulo que se refiere realmente al tema. La "adoración al Dios fortuna" según los testimonios



presentados por el autor, permitía que grandes sumas y movimientos de dinero superaran los de la industria azucarera, dado que tomaba mucho más tiempo y trabajo para el empresario azucarero recibir los réditos de su inversión. Aunque Cuba es presentada como una gran timba o casa de juego en la que hasta sus dirigentes tenían acciones, a pesar de ser un capítulo interesante, se echa de menos un análisis de los efectos del juego sobre la economía cubana.

El tema del capítulo 8 es el narcotráfico en la región andina y las redes de traficantes que allí funcionaban, sobretodo en la década del 40 y comienzos de los años 50. Primero en Perú, desde Lima, hacia la Habana con destino a New York. Tráfico que disminuye, tras el fin de la Segunda Guerra, según Eduardo Sáenz debido al cierre de las fábricas de cocaína legales y gracias a la constante presión ejercida por el entonces Director del FBN (Federal Bureau of Narcotics), Harry J. Anslinger, con lo cual el tráfico de cocaína desde Bolivia se incrementó, dejando de lado el consumo que desde comienzos del S. XX se hacía de esta sustancia con fines exclusivamente medicinales, proveniente de Alemania, Bélgica y Francia.

En este capítulo el autor menciona la situación vivida por Bolivia, Ecuador, Argentina y Colombia, frente al problema del narcotráfico y de cómo los traficantes cubanos lograron entonces que la Habana no solo traficara para sí, sino que se convirtiera en un puente de tráfico para otros países.

Bolivia, se caracterizó por ser productor de hoja de coca pero no de cocaína procesada, razón por la cual las autoridades bolivianas se rehusaban a cooperar con las Naciones Unidas en la lucha por la erradicación de los cultivos

de sustancias ilegales, pero una vez disminuyó el tráfico desde Perú aumentó el interés de los traficantes bolivianos por elaborar cocaína procesada, entrando así al mercado de dicha sustancia.

En cuanto a Colombia el autor se refiere a los nexos que existían con Ecuador, país que al parecer vendía armas utilizadas en Colombia en la época de la violencia de los años 50 y traficaba además con pasta de opio con el fin de que se procesara en este país. Se refiere también a la participación de traficantes colombianos en este proceso, y menciona a los laboratorios JGB como partícipes en este contrabando de drogas desde Ecuador. Esta denuncia no deja de tener cierta gravedad ya que esta empresa es una marca reconocida y el autor no proporciona datos suficientes para sostener su acusación.

El capítulo 9 da cuenta de los controles norteamericanos en los años 50 para frenar el tráfico realizado por los Corsos (franceses de la región de Córcega), obligándolos, podríamos decir, a buscar nuevas rutas a través de América Latina y logrando la participación cubana en el tráfico de la heroína producida en Francia.

El capítulo 10 se refiere al narcotráfico en el período del segundo gobierno de Batista (1952- 1958). El autor busca exponer la tesis que sugiere que en dicho período a pesar de las acusaciones de corrupción y narcotráfico imputadas a Batista, éste durante su gobierno sí colaboró en la captura y deportación de algunos criminales extranjeros. Un sinnúmero de propiedades producto de la corrupción y el narcotráfico engrosan las listas de los bienes del 'otrora humilde sargento' los cuales, luego de la toma del poder por parte de Fidel Castro, intentaría recobrar el nuevo Ministerio de recuperación de Bienes malversados.



Sáenz Rovner afirma en este capítulo que muchas de las redes de narcotraficantes new yorkinas se dismantelaron gracias a que en 1956 aumentaron las penas por tráfico de drogas; de 5 a 20 años para quienes incurrieran en este delito por primera vez; 10 a 40 años para los reincidentes y pena de muerte para quien vendiera drogas a un menor de 18 años. Este endurecimiento en las condenas condujo, según Sáenz, a que se fortalecieran las redes de los puertorriqueños quienes harían negocios con los franceses de Córcega y con los sicilianos. Dando así cabida al mito de Apalachin (estado de Nueva York, donde en 1957 tuvo lugar una reunión de mafiosos en la que supuestamente se llegó a un acuerdo para dejar el negocio ).

En este capítulo al igual que en los dos anteriores se presentan una serie de datos y testimonios que no aportan novedad alguna a lo ya expuesto, en ocasiones pareciera que el autor no quisiera dejar por fuera ninguno de los datos hallados y deja la sensación que el texto hubiese podido ser más corto.

El autor en el capítulo 11 se ocupa del tiempo en que triunfó la revolución, dirigiendo el relato hasta algunos meses después de instaurarse Fidel Castro en el poder. Sáenz en este capítulo presta una mayor atención al tema del juego que al del narcotráfico, al igual que a la situación política que se vivía en Cuba tras la llegada de los 'barbudos', como son nombrados los revolucionarios en una de las citas que presenta, y a la imagen que a los ojos de éstos se tenía de Cuba como la cortesana de Estados Unidos. Así mismo, aborda la problemática vivida entorno al fenómeno del juego dada la disminución del turismo y cierre de Casinos.

En el último capítulo, Eduardo Sáenz

presenta varias declaraciones que expresan el apoyo o inconformidad estadounidense con el nuevo régimen, basadas en testimonios provenientes de Estados Unidos y de la correspondencia diplomática, entre los cuales se hacen manifiestas las acusaciones dirigidas contra Fidel Castro por no cooperar en la lucha contra el narcotráfico.

Para concluir, resulta importante resaltar el problema que se plantea el autor en cuanto al papel del narcotráfico como instrumento anticomunista, dada la situación que se desarrollaba frente al tema durante la guerra fría. La cita en la que se acusa a Castro de no cooperar en la lucha contra el narcotráfico y de 'destruir las mentes de los norteamericanos con el consumo de cocaína, lo cual sería aplaudido por los jefes del dictador en Moscú' (227), da buena cuenta de ello. Sin embargo, queda en el aire la duda acerca de los comunicados de felicitación enviados por el señor Harry J. Anslinger en los que admitía la cooperación de Castro en la lucha antinarcóticos. Duda que lastimosamente no previó el autor ante los documentos de archivo revisados. Puesto que, si bien presenta en el texto la colaboración de Fidel Castro en esta lucha contra el tráfico de estupefacientes, teniendo en cuenta como se mencionó anteriormente, el clima impuesto por la guerra fría, habría valido la pena confrontar estas fuentes con un criterio más crítico y una pizca de escepticismo, no solo en referencia a los capítulos acerca de la revolución, sino a todo el libro.

En términos generales, el libro de Sáenz es un importante esfuerzo que aporta al conocimiento del desarrollo del narcotráfico en Cuba y la construcción de la vida criminal de extranjeros y cubanos en la isla. Dejando entrever, dicho sea de paso, que el hallazgo de las pistas y

fuentes que le permitieran sacar algunas conclusiones no fuera tarea fácil, menos aún, teniendo en cuenta que dicho esfuerzo abarca un periodo de casi medio siglo.

A manera de comentario final, quisiera decir que la lectura de este texto de Eduardo Sáenz Rovner, es un viaje a este fabuloso cabaret que fue Cuba, en especial la Habana, entre los años veinte y comienzos de la Revolución; viaje a lo largo del cual, la narración del autor, algo ligera en ocasiones, permite imaginar los movimientos de las redes de traficantes en medio del bullicio armonioso que caracteriza las oscuras callejuelas cubanas, altisonas de tanto juego, opiáceos y demás.

Olga Lucía Estévez Pedraza  
Estudiante de Historia  
Universidad Nacional de Colombia